

«La lentitud es subversiva porque favorece algo en crisis: la concentración»

Remedios Zafra publicó este año 'Frágiles: Cartas sobre la ansiedad y la esperanza en la nueva cultura', ensayo en donde incide en los vínculos entre la tecnología, la precariedad y los desajustes mentales

JAVIER VILLUENDAS

La entrevista con la escritora Remedios Zafra tuvo, una vez más, su porcentaje de experimento. Se partió de unas primeras preguntas a su artículo en 'Isegoría', la revista sobre filosofía moral y política del CSIC, titulado: «¿Fin de la intimidad? La (im)posibilidad de un mundo sin párpados. La intimidad conectada». Y siguió con más preguntas sobre su nuevo ensayo 'Frágiles: Cartas sobre la ansiedad y la esperanza en la nueva cultura', en donde desarrolla las tesis del texto antes mencionado y continúa la senda de su afamado 'El entusiasmo', premio Anagrama en 2017 y que aparejó su nombramiento como una de las 100 mujeres más influyentes de España. Sus temas de reflexión: la tecnología, los biorritmos creativos, la precariedad como norma y los desajustes mentales.

—En 'Frágiles' ha tratado de responder, durante tres años, a esta pregunta: «¿Dónde queda la esperanza cuando las vidas parecen sentenciadas por la ansiedad y la precariedad?»

—Hay preguntas que siguen abiertas por mucho que pensemos en ellas. Forzar una respuesta rápida habría sido un engaño. Este acompañamiento (que fue el libro) esquivaba tapar lo que nos inquieta con respuestas rápidas como esperanza envasada, promesas improvisadas o botones que te permiten cambiar de escena, de estado o de canal y hacerte sentir bien. Tres años puede parecer mucho tiempo y lo es pues soy muy lenta pensando. En este intervalo he seguido conversando con muchas personas que me planteaban situaciones similares a las de esta periodista y me comparaban sus experiencias, la mayoría a través de mi correo.

Esta preocupación coincide en una multitud de personas que no se veían entre ellas tiene para mí que ver con la esperanza.

—Derivado del 'fast-food' y el 'fast-fashion', ¿son los tiempos del 'fast-thinking'?

—Solo hay que mirar los contextos académicos. La cuantificación como valor que se sobrepone al resto empobrece otras formas de decir y pensar, daña a los trabajos que buscan profundizar o hacer de otras maneras antes que acumular números. Pasa también en el contexto digital, donde las lógicas aditivas movilizan a las personas a acumular seguidores o likes en busca de ese capital simbólico que es la visibilidad canjeada después por influencia o dinero. Me parece que ceder al valor que propicia la audiencia y la acumulación despojadas de interior, sombra y conflicto dibuja un mundo grotesco que da poder y altavoz a versiones estereotipadas y superficiales que benefician a un determinado poder y sistema económico. El ritmo laboral del mundo contemporáneo incentiva a producir y exponerse a cada rato. Cuando todos hablan y pocos escuchan se propicia el ruido y el monólogo de quienes solo se ven a sí mismos como ante un espejo.

—¿Ser antisistema hoy es ir más lento?

—No sé si antisistema o alter-sistema, pero en la lentitud no solo hay contrarrelato sino oportunidad de cambio. Las

respuestas rápidas tienden a ser respuestas entrenadas y anticipadas y esto dificulta innovar y favorece seguir igual, a lo sumo cambiando lo epidérmico. La lentitud me parece una respuesta subversiva, en tanto rompe los ritmos de producción y favorece algo que está en crisis: la concentración, la capacidad de abordar las cosas deteniendonos en ellas, buscando su sentido, su mejor versión, su hacer ético. Justamente de esto adolece la 'cultura rápida' donde la ropa y la comida son claros ejemplos. En ellas compramos una apariencia, algo rápido y barato, obviando las formas de producción y precariedad que las sustentan. También pasa que esa lentitud que para los precarios supondría ser antisistemas, es el privilegio de quienes disponen del control sobre sus propios tiempos, privilegio que suele venir unido a un trabajo estable y dinero.

—«La vida no me anima a escribir y me lo dificulta». Pero las dificultades le han brindado inspiración. ¿Es su obra un señalamiento de la racionalidad económica como principal motor del mundo?

—En mi obra hay un claro señalamiento a un mundo donde el poder político y ciudadano está subordinado al poder económico. Un poder que no busca mayor igualdad y justicia social sino el enriquecimiento y privilegio de quienes tienen ese poder. El tecnocapitalismo que domina el mun-

do digital se crece con el individualismo competitivo y productivo. Tiene además una estructura idónea para que el 'yo' sea protagonista pues para la mayoría, las puertas de entrada a internet son las redes sociales donde nuestro nombre protagoniza el universo 'online'. Los mantras capitalistas del 'hazte a ti mismo' y del 'si tú quieres, puedes' dan de comer a este entramado que enfatiza al individuo como 'empresario de sí mismo', acentuando esa responsabilidad personal como clave para el triunfo en la vida. Tener más o menos 'likes', como tener más o menos seguidores, movilizan allí donde el sujeto se exhibe en la red. Esto pasa paralelamente al riesgo de aislamiento social y a la pérdida de redes de apoyo que se privatizan o desaparecen. La angustia vital crece paralelamente a la ansiedad.

—¿Este ritmo alienante pone en peligro la humanidad de la Humanidad?

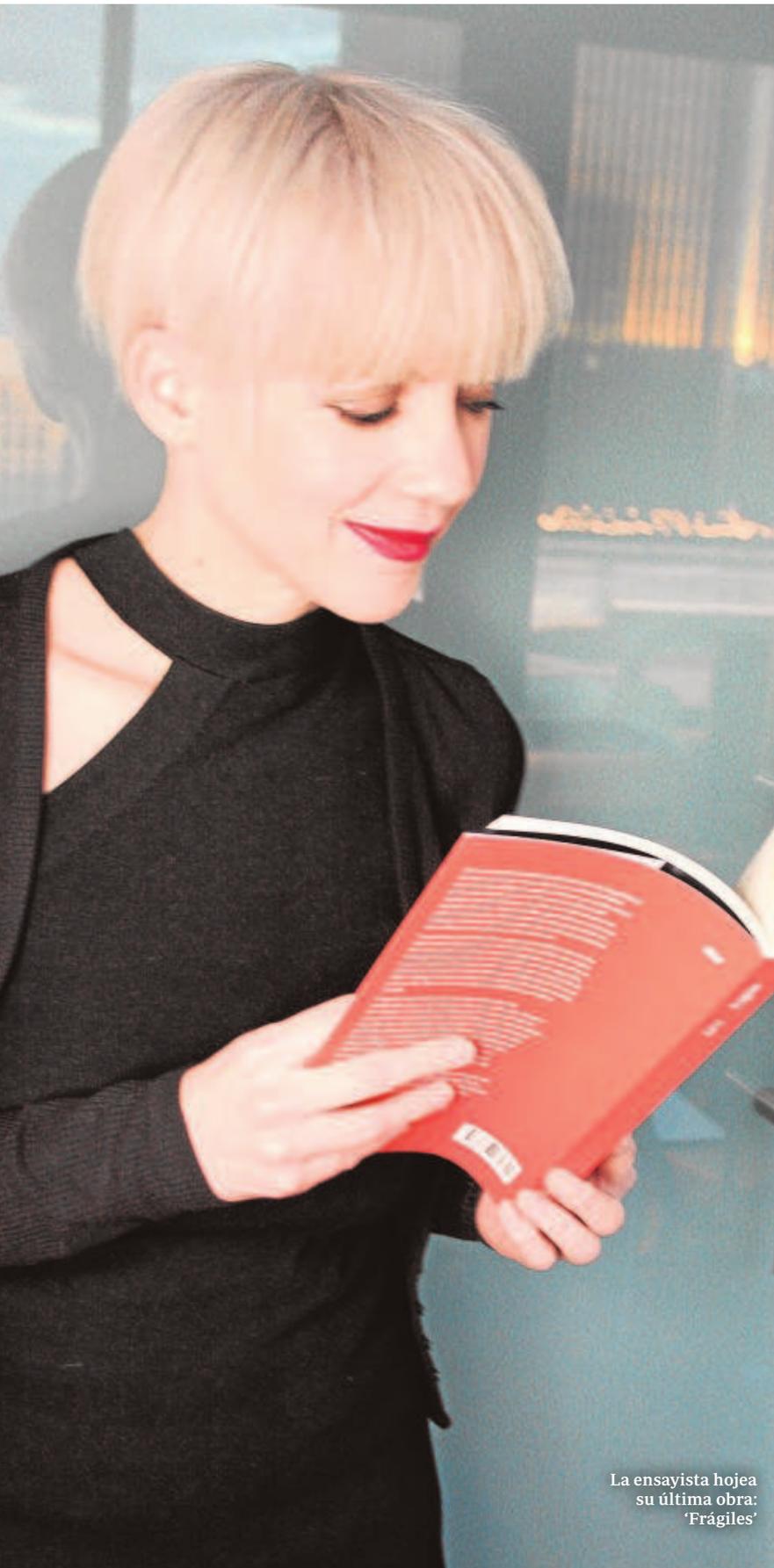
—Mediamos con otros a través de teléfonos y pantallas. Llamamos para consultar o solicitar servicios y nos atienden máquinas, cuando llegamos a las personas suelen andar igual de saturadas que nosotros, pero ruegan la puntuación más alta porque de eso depende su continuidad laboral precaria. Pareciera que la empatía queda impedida por una coraza de prisa en algunos casos, de impostura en otros. Pero esto suele pasar a los precarios o a los ansiosos que, por separado o en conjunto, son la mayoría y son además los mediadores de los servicios (educación, salud, atención a usuarios...). Cuando de pronto alguien se detiene a escuchar de veras, o nosotros a ellos acontece algo intenso y valioso, una sincrónica humana.

—El crítico cultural Mark

«Las respuestas rápidas tienden a ser entrenadas y anticipadas, dificultan innovar y favorecen seguir igual»

En mi obra señalo un mundo donde el poder político y ciudadano se subordina al poder económico»





La ensayista hojea su última obra: 'Frágiles'

« Hay ideologías distintas que, más allá de lo que dicen, su forma de poder y su estilo en la red son parecidos »

Debiéramos darnos la oportunidad de otras formas de gobernanza en las que se educara la preocupación por los otros »

Fisher escribió: «En los años 70, el aburrimiento era un gran problema. ¿Por qué nos permitimos aburrirnos? Considerando que somos animales que vamos a morir, aburrirse era un escándalo moral descomunal. Pero ahora el aburrimiento es un lujo, nuestros teléfonos no nos lo permiten».

—Hoy el aburrimiento está en riesgo y estigmatizado. Teniendo una pantalla a muchos les resulta insoportable no usarla, no perder los ojos en ella. Los tiempos del no hacer, del vagar por las esquinas, de holgazanear están boicoteados por las pantallas y si los toleramos es como descanso para después ser más productivos. Pero esos tiempos importan, porque nada se puede mover cuando las cosas están abigarradas o los tiempos planificados al minuto. Los vacíos permiten mover las cosas de sitio, mirarlas de otra manera, curiosear, imaginar, sorprendernos. Y es frente a este 'horror vacui' contemporáneo que el aburrimiento adquiere un nuevo valor como incentivo de tantas capacidades humanas que adormecemos por las pantallas. Pienso en algunos colegios de Silicon Valley donde emplean pedagogías que descartan que los niños usen ordenadores ni wifi. Colegios donde se educan los hijos de muchos de los actuales líderes tecnológicos.

—Tanto derechas como izquierdas trabajan la red a destajo.

—A mí me parece que la política contemporánea se ha visto damnificada por una instrumentalización de las redes que tiende a convertirla en espectáculo y audiencia. Pienso que ha habido conciencia de ello especialmente tras lo vivido con Donald Trump. Coincido con esto que comenta de que distintas ideologías pueden igualarse en la red cuando independientemente de lo que dicen, su estilo, su forma de poder, es llamativamente parecida, es decir son incapaces de practicar lo que predicán porque el altavoz y los medios están viciados, e incentivan lo de siempre: la voz más alta, la arrogancia de quien busca poder y no ayudar a gestionar lo colectivo, a buscar lo mejor

para la comunidad. La fácil deriva hacia posiciones polarizadas es llamativa en redes que no están pensadas para debatir. Claro que la forma es parte del discurso y debiera ser posible recuperar honestidad, consenso y bien colectivo por encima de la pelea enquistada y quizá para ello haya que pensar en qué medida determinados medios contribuyen a unas u otras formas de hablar y de escuchar.

—En 'Frágiles' recuerda lo difícil que es responder a la tan habitual pregunta: «¿Cómo estás?»

—Por mucho tiempo he experimentado situaciones incómodas atribuyéndole a esta expresión un interés más allá de la cortesía. Pero es posible la sorpresa y de vez en cuando alguien te pregunta en serio «¿cómo estás?» y llega a ser emocionante.

—«¿Se puede ganar sobre el sufrimiento de otros?». Dice que la victoria, que implica derrotar y vencer, «debería cambiarse por cuidado mutuo». ¿Está ahí el germen del mal?

—No sé si hay un único germen pero me parece que uno de ellos sería. Ese modelo donde el triunfo es siempre piramidal e individual y no colectivo, un modelo asentado en el dominio de unos pocos que a lo largo de los siglos se han parecido llamativamente. Creo que ese predominio de la influencia del más fuerte, del que emplea el lenguaje bélico o violento, como si no tuviera miedo a morir, ha sido algo que ha caracterizado nuestra historia. Y sí, me parece parte de los males de nuestra sociedad pero al mismo tiempo algo que puede ser cambiado. Debiéramos darnos la oportunidad de experimentar otras formas de gobernanza donde los estudiantes o los trabajadores no zancadilleen a los de al lado porque se asiente la idea de que solo hay lugar para unos pocos, donde la preocupación por los otros sea educada. Lo vivido con la pandemia es un claro ejemplo de que lo que nos salva son los cuidados, la sanidad pública, la ciencia, la solidaridad y que harta indeciblemente la batalla estéril de quienes usan sus diferencias para generar odio y no para enriquecer consensos. ■